

Reseñas

HOLT, Marilyn Irvin: *Cold War Kids. Politics and Childhood in Postwar America, 1945-1960*, Lawrence, University Press of Kansas, 2014.

A lo largo de los últimos cincuenta años, los trabajos historiográficos centrados en la infancia han sufrido una profunda transformación, que ha favorecido su asociación con nuevas disciplinas como la antropología, la literatura, la economía o las relaciones internacionales. Fruto de esta coyuntura, muchos investigadores no sólo han contribuido a un mayor conocimiento de fenómenos contemporáneos que repercuten en la edad pueril –industrialización, migración, conflictos bélicos, etc.–, sino que también han examinado aquellos períodos o acontecimientos en los que se produjeron cambios que alteraron las experiencias de estos sujetos.

Un escenario donde se observa la emergencia de estos análisis, restringidos especialmente a la edad contemporánea, es el ámbito académico estadounidense. Los historiadores de la infancia han integrado métodos y enfoques procedentes de las ciencias sociales, los estudios culturales o la historia de las instituciones políticas y educativas con el objetivo de otorgar a los jóvenes norteamericanos la categoría de actores históricos. A pesar de esta prioridad, las limitaciones en las fuentes primarias han favorecido un mayor interés por la labor de la esfera adulta en torno a los niños, razón por la que se sigue denunciando el escaso conocimiento que aún predomina sobre el papel activo de este grupo social. Esta tendencia ha promovido que autores como Karen Sánchez-Eppler (*Dependent States: The Child's Part in Nineteenth Century American Culture*, 2005) o Howard P. Chudacoff (*Children at Play. An American History*, 2007) hayan intentado establecer una interrelación entre la propia experiencia de los niños y la influencia que ejerció el mundo adulto a través de distintos canales –medidas legislativas, organizaciones privadas, autoridad paternal, etc.–.

En medio de esta coyuntura, en los últimos años han florecido un gran número de trabajos que inciden en la repercusión que tuvieron las instituciones políticas, los movimientos sociales y la cultura popular en la juventud norteamericana a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. La razón de esta reciente predilección académica reside en las circunstancias desarrolladas tras el final de la Segunda Guerra Mundial, momento en que se produjo una redefinición del concepto de infancia, que vino acompañada de una alteración en campos como la política, la educación, la vida familiar o las pautas de consumo. Mientras que Julia Mickenberg (*Learning from the Left*, 2005) ha analizado cómo la “vieja” izquierda transmitió su pensamiento ideológico a través de la literatura infantil, investigadores como Rebecca de Schweinitz (*If We Could Change the World*, 2011) y Mathew Delmont (*The Nicest Kids in Town*, 2012) han valorado el impacto que tuvo la lucha por los derechos civiles en la población juvenil. Frente al dominio de aquellos estudios centrados en las décadas de los sesenta y setenta, la obra de Marilyn Irvin Holt establece como marco cronológico los años cuarenta y cincuenta, considerando que la posguerra ha recibido escasa atención en la historiografía de la infancia.

Licenciada en la Universidad de Illinois, Holt ha escogido la figura del niño como principal sujeto de estudio en sus investigaciones, arrojando luz sobre procesos e iniciativas como el proyecto de emigración y reasentamiento de más de 200.000 niños estadounidenses en hogares de acogida dispuestos por todo el país entre 1850 y 1930

(*The Orphan Trains: Placing Out in America*, 1994), o la evolución de aquellos orfanatos destinados a los jóvenes nativos norteamericanos (*Indian Orphanages*, 2001). De hecho, este último libro fue galardonado con el premio *Oklahoma Historical Society's Book of the Year*. Por otra parte, manteniendo un equilibrio entre la historia política y las aportaciones sobre las relaciones de género, uno de sus últimos trabajos (*Mami Doud Eisenhower: The General's First Lady*, 2007) examina en profundidad la figura de la primera dama, revelando cómo su popularidad y labor como promotora de eventos culturales contribuyeron a favorecer la presidencia de su marido. Respalda por estas antiguas aportaciones académicas, la obra reseñada parte de la compleja intersección entre relaciones internacionales, historia social e historia de la infancia, aspecto reflejado en su propio título.

A través de un detallado análisis, Holt pretende esclarecer cuáles fueron las políticas dirigidas a la infancia norteamericana durante los primeros años de la Guerra Fría –momento en que el niño se convirtió en pieza clave para preservar la sociedad democrática ante la amenaza comunista-, centrándose especialmente en los mandatos presidenciales de Harry S. Truman y Dwight D. Eisenhower. Para ello, la autora ha consultado una amplia variedad de fuentes documentales, entre las que destacan aquellas procedentes de los archivos nacionales, gestionados por la *National Archives and Records Administration*, y de las bibliotecas de ambos presidentes. Análogamente, ha recurrido de manera complementaria a otras colecciones documentales –*Columbia University Oral History Research Collection*, *Eleanor Roosevelt Papers Project*, etc.- y publicaciones gubernamentales. Todas ellas han ayudado a proporcionar una visión múltiple sobre la interacción entre el gobierno federal, las iniciativas estatales y el sector privado.

Cold War Kids se articula en torno a cuatro artículos que exploran los discursos e iniciativas que se desarrollaron en campos como la educación, la asistencia social y la salud, otorgando una mayor prioridad al análisis temático que a la propia narración cronológica de los acontecimientos. La obra se inicia con una introducción que ofrece una estampa a modo impresionista sobre aquellos proyectos y medidas relacionados con la infancia que emergieron desde comienzos del siglo XX. A su vez, estas primeras páginas sirven para delimitar el marco cronológico escogido y exponer las circunstancias sociopolíticas de ese período –tensiones internacionales, prosperidad económica, aumento demográfico, etc.-. Tras esta breve presentación, el primer capítulo analiza las *White House Conferences on Children and Youth*, otorgando una atención exclusiva a las celebradas en 1950 y 1960. Estos simposios buscaban subrayar los problemas que afectaban a todos los niños, sin distinción de raza o nivel económico, y proponer soluciones para mejorar su bienestar. Según la investigadora, la implicación de las administraciones presidenciales, el interés despertado en el Congreso norteamericano y la opinión pública, o la participación de celebridades como el actor Danny Kaye son algunas de las razones que permiten comprender cómo esta iniciativa sirvió para construir y promover un discurso nacional, que hacía énfasis en el derecho de los niños a una vida mejor. Los distintos grupos de trabajo que se constituyeron, muchos de los cuales enriquecidos por la participación activa de niños y adolescentes como “representantes juveniles”, ahondaron en cuestiones como el peligro de una guerra nuclear, el divorcio, la incorporación de la mujer al

mundo laboral o la discriminación racial. Sin embargo, cada conferencia reflejó una naturaleza distintiva según la situación sociopolítica de cada momento. Si bien la convención celebrada en 1950 abordó el problema de la vivienda, la de 1960 otorgó mayor protagonismo al impacto de la televisión sobre el público infantil.

Finalizado este apartado, el segundo capítulo expone todas aquellas medidas relacionadas con el ámbito educativo. En medio de graves problemas como el número reducido de profesores o la insuficiencia de clases, la respuesta en torno a este campo fue selectiva, y a menudo estuvo conducida por la retórica de la Guerra Fría. La mayoría de proyectos propuestos se vieron limitados por una fuerte oposición en el Congreso, donde predominaba la creencia de que una mayor injerencia del gobierno federal podría minar los derechos de los estados. El siguiente capítulo valora las políticas dirigidas a aquellos niños que estaban en peligro de exclusión social –delincuentes juveniles, huérfanos, etc.-. Bajo sus mandatos, Truman y Eisenhower persiguieron el objetivo de que todos los niños tuviesen las mismas oportunidades para su formación y desarrollo. Aunque se promovieron mayores adopciones así como programas destinados a fortalecer la unidad familiar, prevaleció una falta de consenso sobre cómo y a quién destinar la ayuda federal. A su vez, la efectividad de muchos programas centrados en el bienestar de los niños estuvo condicionada por la escasez de trabajadores sociales, razón por la que se aprobó la *Government Training Act* (1958) con el fin de que las agencias federales pudieran supervisar y destinar mayores fondos públicos a la formación de estos empleados.

Junto a estos dos amplios temas, el capítulo cuarto realiza un balance positivo sobre aquellas medidas tomadas en relación a la salud e higiene de los más pequeños. Más allá del rechazo de proyectos como un programa sanitario nacional, la esfera política era consciente de que el mantenimiento de una población sana era una garantía para la economía, la seguridad y el futuro del país. Mientras que agencias federales como el *Children's Bureau* o el *Bureau of Indian Affairs* proporcionaron asistencia médica a poblaciones minoritarias o con bajos ingresos económicos, la campaña nacional de vacunación contra la polio, la promoción del bienestar físico o el control de productos químicos en el abastecimiento de alimentos son algunos de los ejemplos que reflejan lo prolíficas que fueron las iniciativas de las administraciones presidenciales. En último lugar, la obra finaliza con un apartado de conclusiones, en el que se establece un recorrido sobre la evolución que tuvieron los programas dirigidos a la infancia desde los años sesenta. De este modo, Holt cierra su estudio subrayando cómo las medidas elaboradas durante la posguerra repercutieron favorablemente sobre aquellas propuestas realizadas posteriormente.

A lo largo del estudio, la autora entrelaza una serie de ideas principales que aparecen presentes en cada una de las cuestiones tratadas. En primer lugar, la infancia y su conceptualización fueron transformadas en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial a raíz de las nuevas circunstancias del momento –miedo a una posible conflagración bélica con la Unión Soviética, crecimiento demográfico, asentamiento de familias en zonas residenciales de la periferia urbana, aparición de la televisión, etc.-. Debido al auge de esta nueva visión sociocultural de la infancia, la autora defiende que la figura del niño se convirtió en un elemento fundamental del imaginario político estadounidense: “The presidents, Congress, and government agencies did not

necessarily agree on specific issues, but their decisions were both shaped and informed by what American culture at the time believed about childhood” (p. 47).

En segundo lugar, como consecuencia de este mayor interés en el bienestar de los niños, se acentuó el papel del gobierno federal en torno a esta cuestión, pues muchos de los problemas dominantes –escasez de profesores, aulas desbordadas, incremento de la delincuencia juvenil, etc.- eran demasiado complejos y costosos para ser abordados por las autoridades locales y estatales. Entre los éxitos conseguidos por parte de las administraciones presidenciales, conviene destacar el *National School Lunch Program* (1946) o la *National Defense Education Act* (1958), la cual promovió becas de estudio, seminarios de verano para profesores y nuevos equipos científicos para las escuelas. Sin embargo, este argumento –tesis principal de la obra de Holt- posee ciertas fisuras que merecen ser resaltadas. Es necesario cuestionar si el rol de las autoridades federales fue tan reducido décadas atrás, y si muchas de las propuestas realizadas durante la posguerra fueron tan innovadoras como la investigadora defiende.

A pesar de la aparición de nuevos desafíos con el inicio de la Guerra Fría, la participación del gobierno federal en iniciativas relacionadas con la asistencia social, la adopción, la educación o la salud infantil estuvo presente durante la primera mitad del siglo XX. Prueba de ello fue la aprobación de medidas legislativas como la *Maternal and Child Health Act* (1935). Del mismo modo, un examen detallado de las *White House Conferences on Children and Youth* permite vislumbrar cómo muchas de las medidas sugeridas en 1950 y 1960 -la reorientación de aquellos jóvenes más peligrosos, la atención de niños minusválidos, la motivación de aquellos estudiantes más inteligentes, etc.- fueron tratadas en las conferencias de los años treinta y cuarenta. Por otra parte, la relevancia del papel desempeñado por el gobierno federal durante la posguerra –idea patente a lo largo de toda la obra- genera muchas dudas debido a la constante y firme oposición de las autoridades locales y estatales, que temían una pérdida de autonomía por parte de los estados y un aumento de la deuda nacional. Esta animadversión evitó que numerosos proyectos fueran aprobados en el Congreso, especialmente en el ámbito educativo, y que muchos otros tuvieran una proyección limitada. Así, por ejemplo, la ayuda federal destinada a la creación de nuevas aulas iba dirigida exclusivamente a aquellas escuelas públicas cercanas a nuevas bases e instalaciones militares.

Las dos ideas resaltadas por la autora conducen a un tercer argumento, que pretende demostrar la relevancia de esta investigación. Según Holt, la posguerra se convirtió en un período de transición entre las escasas iniciativas en torno a la infancia antes de la Segunda Guerra Mundial y los numerosos programas federales que se desarrollaron durante los años sesenta y setenta, especialmente durante la presidencia de Lyndon B. Johnson. Una afirmación que resulta poco reveladora si atendemos a una selección de estudios historiográficos que, pese a ser ignorados por la autora bajo la convicción de que todavía predomina la percepción errónea de que la posguerra fue un “tiempo de estancamiento” (p. 2), examinan la relación entre la infancia y el campo político durante ese mismo período. Dentro de estos trabajos académicos, destacan las aportaciones de Barbara Barksdale (*Brainpower for the Cold War*, 1981), Herbert Kliebard (*The Struggle for the American Curriculum, 1893-1958*, 1995), Stuart J. Foster (*Red Alert: Educators Confront the Red Scare in American Public*

Schools, 1947-1954, 2000) y Andrew Hartman (*Education and the Cold War: The Battle for the American School*, 2011).

En definitiva, el libro de Holt refleja cómo los estadounidenses y sus líderes políticos otorgaron una especial atención a aquellas cuestiones que afectaban a los niños durante los años cuarenta y cincuenta. Su lectura no sólo favorece un mayor entendimiento de las políticas sociales que se llevaron a cabo en los Estados Unidos durante las primeras décadas de la Guerra Fría, sino que también sitúa la labor de los comités y agencias federales dentro de un amplio contexto sociocultural –la defensa de la familia nuclear, la segregación racial en las escuelas, las epidemias de polio, etc.–, ilustrado en ocasiones con una cuidadosa selección de imágenes. Todo ello permite comprender cómo aquellos niños fueron influidos por las políticas domésticas, el discurso público o la retórica de la Guerra Fría.

No obstante, las limitaciones y preguntas sin responder por parte de la autora son numerosas. Primero, resulta llamativo que no exista una definición que delimite su sujeto de estudio en función de la edad. Un aspecto imprescindible en un momento en el que se estaban debatiendo los límites de la infancia como consecuencia del auge del denominado “paradigma del desarrollo”. Segundo, la investigadora no aborda los efectos que tuvieron muchas de las propuestas realizadas, como las propias conferencias centradas en la infancia, la educación o el bienestar físico. De hecho, en aquellas ocasiones en las que se tratan las consecuencias a largo plazo de ciertas medidas federales, suelen resaltarse sus deficiencias y problemas, como evidencian los métodos de rehabilitación para modificar el comportamiento de jóvenes delincuentes. Tercero, la coyuntura internacional y sus efectos quedan relegados a un segundo plano, aspecto inesperado debido al título escogido para esta publicación. Salvo breves menciones, Holt ignora aquella política anticomunista dirigida a la esfera infantil, así como el impacto que tuvo la ideología política en distintos productos de entretenimiento –tebeos, series de animación, juguetes, etc.–. Por último, más allá de la necesidad de un mayor énfasis en las tareas desempeñadas por ciertos actores privados –personalidades públicas, organizaciones privadas, etc.– y su repercusión en el terreno político, queda desatendido el papel activo de los niños norteamericanos a raíz de iniciativas como la promoción de becas educativas o el aumento de adopciones. Una carencia que lamentablemente sigue siendo un claro reflejo de uno de los muchos retos que la historiografía de la infancia aún no ha superado.

David CORRALES MORALES

Consejo Superior de Investigaciones Científicas